

El beato G. José Chaminade, hombre de fortaleza

Vale la pena leer despacio la definición de la virtud de la fortaleza que encontramos en el Catecismo de la Iglesia Católica, y preguntarnos después si este es, en cierto modo, un retrato del Fundador.

La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa (1808).



Probablemente estas líneas nos han traído a la memoria rápidamente las dificultades y obstáculos que el P. Chaminade encontró en su larga vida, los riesgos que corrió, las persecuciones que sufrió, tanto desde fuera de la Iglesia como desde dentro, y la constancia y perseverancia con que vivió todo ello.

La Revolución Francesa impone un giro de 180 grados en la vida del beato Chaminade. Sin ella probablemente habría seguido perteneciendo a la Congregación de San Carlos en Mussidan, profesor de ciencias y tesorero del colegio-seminarios sin mayores sobresaltos ni complicaciones. A los treinta años, tras negarse a jurar la Constitución Civil del Clero, tuvo que abandonar el colegio en el que había vivido veinte años decisivos de su vida, trasladarse a Burdeos con sus padres e iniciar una nueva etapa de futuro incierto. Vivió su sacerdocio en la clandestinidad durante los peores momentos del Terror, arriesgando incluso su propia vida. En 1797, bajo el Directorio, se ve obligado a exiliarse al extranjero, pasando tres años en Zaragoza. En una carta escrita a Thérèse de Lamourous poco antes de partir hacia el exilio, el padre Chaminade se expresaba así:

*Se suele decir, mi querida hija, que solo morimos una vez. Es verdad: pero ¡cuántas lecciones recibimos de la **Providencia** para anunciarloslo y para que nos preparemos*

a ello! Y cada una de esas lecciones es una especie de muerte. ¿Qué debe hacer un alma fiel en el caos de los acontecimientos que parecen engullirla? Mantenerse imperturbablemente en esta fe, que, haciéndonos adorar los designios eternos de Dios, nos asegura que todo sucede para bien de los que aman a Dios. (Cartas I n. 10)

A su regreso del exilio, comenzó a ser muy activo y puso en marcha un proyecto pastoral de gran importancia (la Congregación, la fundación de una congregación religiosa masculinas y otra femenina, el apoyo a la Misericordia, las escuelas normales para la formación de maestros...), que supuso un trabajo muy intenso y continuo. Cuando parecía que estos proyectos se consolidaban y daban buenos frutos, acontece la revolución de 1830, que puso en peligro la continuidad de todo lo que con tanto esfuerzo se había construido hasta entonces. Bajo el nuevo rey Luis Felipe su domicilio junto a al oratorio de la Madeleine fue sometido a un exhaustivo registro policial.

A los 69 años, tuvo que volver a ponerse en marcha. Pasó los cinco años siguientes apartado en Agen. En cartas al padre Lalanne, el padre Chaminade describía cómo estaba viviendo esa experiencia:

¡Estamos en medio de un mundo nuevo! Estoy en Francia como en tierra extranjera. Casi no sé qué decir ni qué hacer; por mi parte, espero que los acontecimientos me lleguen, más que ir por delante de los acontecimientos. No tengo otra política que la de recurrir todos los días a la Santísima Virgen. (Cartas II n. 575)

Es de suponer que cuanto más andemos, más aumentarán las dificultades. ¡Dios sea bendito! Hagamos todo lo que podamos para servir al bien y hacerlo servir; tratemos de no hacer imprudencias y mantengámonos tranquilos (...) En alguna parte se habla del tiempo de la paciencia de los santos. No sé si es en el que estamos, pero ¿qué se arriesga tomándolo como tal? (Cartas III n. 588)

La carta a los predicadores de retiro de agosto de 1839 representa la superación de la crisis. La escribe con el objetivo de que los predicadores hagan “apreciar la excelencia y el carácter especial de nuestra divina misión”. A sus 78 años el P. Chaminade es un anciano lleno de fuerza y entusiasmo y que desea contagiar este sentimiento a sus hijos e hijas:

Nuestra obra es grande, es magnífica. Si es universal es porque nosotros somos los misioneros de María que nos ha dicho: «Haced todo lo que Él os diga». Sí, nosotros

somos todos misioneros. A cada uno de nosotros la Santísima Virgen le ha confiado un mandato para trabajar en la salvación de nuestros hermanos en el mundo (Cartas V n. 1163).



El Superior general, p. David Fleming, agradece al Papa san Juan Pablo II la promulgación del decreto de beatificación del p. Chaminade.

La década de los años 40, llena de conflictos con el Consejo General, con varios obispos, incluso con la Santa Sede, pondrá a prueba definitivamente la fortaleza de nuestro Fundador. Fue quizá el crisol que terminó de sacar a la luz el tesoro de sus virtudes. Leamos directamente algo de lo que él escribió en algunas de sus cartas sobre su vivencia de estos años difíciles:

Mi confianza está en el Señor y en su santa Madre para quienes yo quiero vivir y morir (1844, a M. Faye, Cartas VI n. 1.308)

Yo me hago viejo, mi querido hijo, y, yo lo siento, pronto iré a rendir cuentas a Nuestro Señor Jesucristo de las misiones que él se ha dignado darme en el curso de mi vida, tanto antes de la primera revolución como después. Yo he pasado por muchas pruebas: la más grande no fue la del 93, en la que un solo paso me separaba del patíbulo, el espesor de una plancha. Las pruebas de 1844 son mucho mayores. ¡Dios sea bendito! ¡Que María sea glorificada! (1844, a Caillet, Cartas VI n. 1313)

No he atacado nunca, pero siempre he resistido, porque **mi conciencia**, como Fundador de la Compañía de María, Fundador también del Instituto de Hijas de María y de su Tercera Orden (...) no me permite abandonarles: eso sería por mi parte una traición manifiesta (1845, al papa Gregorio XVI, Cartas VI n. 1369) **No pretendo seguir más que la verdad y mi conciencia** y, si está en los designios de Dios mantener la Compañía de María, **me encontraré fuerte**; podré decir, en mi extrema debilidad, en mi misma bajeza: “**Todo lo puedo en aquel que me conforta**” (1845, a L. Meyer, Cartas VI n. 1418)

Usted habla de paz (...) Pero en circunstancias semejantes, ¿no ha dicho nuestro Señor: no he venido a traer la paz sino la guerra? ¿Qué guerra? No esa guerra que se llama revuelta, anarquía, sino esa guerra que consiste en **no atacar nunca, pero sí en oponerse a todo lo que es iniquidad** (...) La paz de la que Nuestro Señor Jesucristo ha dicho: “Mi paz os doy”, es precisamente la que se establece en el alma de un ser humano, cuando permanece firmemente **apegado a su deber en medio de las contrariedades y persecuciones** que, lejos de disminuir esta paz, la aumentan continuamente (1847, a Caillet, Cartas VII n. 1480)

Basten estas pinceladas para acercarnos con admiración y agradecimiento a este hombre fuerte, que encontraba la fuente de su fortaleza, no en sí mismo, sino en el Señor y en María, que habían querido contar con él para llevar a cabo su obra. Pidamos al beato G. José Chaminade que comparta con nosotros esta virtud que él vivió en profundidad.
